

MUJERES PALMERAS: TIPOS Y ESTEREOTIPOS

Carmen Marina Barreto Vargas

Doctora y Profesora Titular de Antropología Social de la Universidad de La Laguna

Julio, 2009

Los estudios sobre género han sido, en las últimas décadas, abordados en diversas disciplinas y desde variados enfoques temáticos. Desde la Antropología nos centraremos en el estudio de la configuración de género, los estereotipos y los roles de las mujeres palmeras. Para ello analizaremos en qué elementos estructuradores se basan determinados discursos tradicionales, que se han ido creado y recreado a lo largo de la historia de la isla, sobre la mujer en La Palma. En este sentido, se analizan distintos modelos de conducta y prácticas sociales asignados históricamente a las mujeres palmeras en nuestra cultura. A la vez que se van cuestionando estos planteamientos, para ver hasta qué punto explican realmente el protagonismo de las mujeres en el discurso identitario dentro y fuera de la isla.

La presencia de las mujeres en los informes etnográficos ha sido constante, debido fundamentalmente al interés que tradicionalmente ha prestado la Antropología por la familia y el matrimonio. En las teorías de parentesco y de matrimonio resultaba, por supuesto, imposible incluso para los antropólogos dejar de lado a las mujeres, aunque sólo aparecieran en sus etnografías invariablemente como hijas, hermanas, esposas o madres. Sin embargo, el tratamiento androcéntrico de los estudios sobre las mujeres, ha sido un auténtico problema que ha afectado directamente a las representaciones que se han construido sobre las mujeres. Los antropólogos no sabían ver ni describir muchas de las actividades que realizaban las mujeres, no sólo porque la mayoría eran hombres y les era difícil introducirse en el mundo femenino, sino también porque consideraban que las

actividades masculinas eran más importantes que las femeninas para entender el sistema social y cultural. Desde este punto de vista, las mujeres han estado integradas de forma desfavorable en el conjunto de valoraciones imperantes dentro de cada sistema cultural.

Proponemos articular algunas de las imágenes que se han creado en torno a las mujeres palmeras en los siguientes arquetipos identitarios de género: el mundo indígena, la emigración y el mundo rural, las patronas y la brujería. Si interrelacionamos estos modelos, cabría la posibilidad de preguntarnos si la isla sirve como un marcador de identidad de género. En la búsqueda de una respuesta, encontramos que las imágenes estereotipadas de la mujer palmera son generadas desde su posición de subordinación ya que, aunque estén en ocasiones orientadas a exaltar su protagonismo, como sucede en el caso de la mujer indígena (“auarita”) o en el caso del patronazgo religioso, están abocadas a negociar dentro de una estructura autoritaria patriarcal, relevante en toda Canarias no sólo a nivel familiar sino también a nivel social, encargada de colocarlas estratégicamente en una posición de subordinación.

Cuando hablamos de cultura canaria la asociamos de manera general en todas las islas con los guanches. En el caso de La Palma, se ha creado un retrato de las mujeres aborígenes con unos perfiles psicológicos, morales y físicos determinados. En este sentido, autores como Torriani o Abreu Galindo en las fuentes documentales del pasado prehispánico de Canarias, describen a las mujeres “auaritas” como auténticas heroínas en los combates que se libraron en la conquista de la isla: “Las mujeres eran más valientes que ellos, y en las emergencias iban ellas delante y peleaban virilmente, con piedras y con varas largas” (Torriani (1590) 1978:225). Las investigaciones realizadas al respecto, han servido para describir a las mujeres de esta isla como fieras a la hora de combatir o de animar y ayudar a los hombres en el combate. De esta manera, los cronistas e historiadores

hablan de “las amazonas” de la isla de La Palma y bajo este estereotipo de fortaleza y valentía se ha construido un discurso sobre las mujeres palmeras que las coloca en el núcleo de la identidad isleña. Desde este momento, toda la ideología sobre las mujeres de La Palma estará, en mayor o en menor medida, simbolizada por este papel protagonista en el mundo aborígen favoreciendo, por un lado, que este elemento identitario se convierta en una expresión de la sociedad palmera y, por otro, la cristalización ideológica de un pasado aborígen. Se instrumentalizan unos hechos aborígenes, no tanto para reproducir y reconocer esa fuerza femenina como para dramatizar una situación de subordinación.

La ideología de la maternidad y su simbolización en La Palma aparece fuertemente implicada en un sistema de relaciones sociales, no sólo en el ámbito del grupo doméstico, la parentela o la vecindad, sino también en otros dominios como las actividades económicas o la religiosidad popular. En este sentido, el carácter agrario tradicional de la economía de la isla, es un factor importante para la asociación de la tierra con la maternidad como sinónimo de procreación y fecundidad. Esta idea se refuerza cuando accedemos al sistema de riego o huerta, y encontramos que se denomina madre a la “primera labor de la platanera”, al “plantón de tomates comprendido entre dos surcos”, al “surco secundario que parte del macho o surco principal”, o al “tramo de huerta comprendida entre dos madres”. Esa idea queda espléndidamente expresada a través de algunos “dichos”, que muchas madres palmeras repiten a sus hijos: “padres puede haber muchos, madres sólo una”, “los hijos de mis hijas mis nietos son, los de mis hijos serán o no”. Más allá de expresar la realidad biológica de la procreación, su reelaboración a través de fenómenos naturales de orden no humano y su reiteración comunicativa expresa una forma de endoculturar a las mujeres y de socializar a los hijos, comunicándoles un sistema de valores, donde la maternidad parece la relación dominante al interior del grupo familiar o doméstico.

El sistema de valores y el sistema clasificatorio del linaje tiene una estrecha relación con la de los portugueses, cuya influencia en la isla urbana y rural durante el siglo XVI-XVII fue enorme. Entre otras cosas, aún hoy, se mantiene una tendencia a designar a los hijos/as solteros/as por la relación de filiación con la madre. También la residencia conyugal posee una fuerte tendencia a la matrilocalidad. Ambas circunstancias, junto con la enorme importancia estructural que ha tenido en la isla el factor de migración secular, la ausencia de los hijos en países de emigración, y el olvido de los esposos en tierras americanas, favorecen esta fuerte ideología y simbolización de la madre en la cultura palmera.

Las corrientes migratorias que desde el siglo XVIII hasta la década de los años 80 del siglo XX sufre la isla de La Palma, se reflejan en la cultura palmera de manera especial en la estructura familiar y en la unidad doméstica. Las mujeres en La Palma han emigrado, básicamente a Cuba y Venezuela, con sus maridos y familia, solas o reclamada por aquellos bajo la permisividad de las leyes de reagrupamiento familiar. Pero son las mujeres que se quedan en la isla, las que se convierten en las auténticas mantenedoras de los hijos e hijas y son las que transmiten la cultura palmera. La emigración suponía una salida rápida a las dificultades económicas acumuladas en épocas de crisis. De esta manera, la emigración de hombres y mujeres constituyó un factor de desarrollo sobre todo para la sociedad de acogida. Pero fueron las mujeres palmeras que no emigraron las auténticas protagonistas del mantenimiento de sus familias, las depositarias de los saberes tradicionales, las que conocían las prácticas curativas, las que endoculturaban a los hijos e hijas, y las que mantenían las tradiciones dentro de la isla. Ellas libraban cada día la batalla de la supervivencia organizando redes de mujeres (madrinas, comadres, matronas, curanderas) que funcionan como mecanismos de auto-ayuda. El esfuerzo de estas mujeres que se quedaron en demasiadas ocasiones esperando por las remesas

que prometían sus maridos, les otorgó el reconocimiento de mujeres audaces y fuertes. Esta permanencia en la isla le garantizó a las mujeres palmeras tomar decisiones que, hasta ese momento eran atribuidas al “cabeza de familia”: mandar a estudiar a los hijos/as, obtener alguna relación sexual satisfactoria, negarse a casar a su descendencia con alguna boda previamente pactada, y la autosuficiencia económica aunque no hubiera muchos recursos que gestionar. Pequeños triunfos que consiguieron estas mujeres, que todavía no se ha estudiado lo suficiente, pero que han creado las condiciones necesarias para construir un estereotipo de la mujer palmera identificador, a pesar de que el deterioro de su condición de vida, sobre todo en las zonas rurales, implicaba la disminución de sus recursos económicos, el aumento de enfermedades y en no pocos casos también un deterioro de su prestigio social.

No obstante, esta fuerte dependencia materna y aparente protagonismo de la mujer en la conciencia de clase y valores relativos al linaje, se intenta minimizar por parte de los hombres al quedar relegadas de las funciones económicas, políticas y religiosas importantes. Un ejemplo, desde el punto de vista cultural, es la invención de la institución del “zorrocloco”, que constituye un rasgo cultural común entre las sociedades matrilineales donde la descendencia o filiación se traza por línea de las mujeres. Esta costumbre consiste en que el esposo también era sometido al período de margen en los días cercanos y siguientes al parto. Se acostaba al lado de su mujer o en un cuarto contiguo, recibiendo el mismo tratamiento que ésta en los que se refiere a la comida y a los cuidados. Esta institución social, que existe en el África subsahariana y entre numerosas poblaciones indígenas de América, ha sido explicada por algunos autores como un modo de atraer sobre el hombre los peligros orgánicos y mágicos (acciones de bruja, mal de ojo). No obstante, también parece constituir una forma de ritualizar y de afirmar la “paternidad social”, en comunidades donde los valores de

la maternidad son puestos en primer plano, como sucede en la isla de La Palma.

Dentro de la religiosidad popular, las fiestas patronales de carácter insular están relacionadas con las vírgenes pero es sobre todo, la Bajada de la Virgen la que funciona como un símbolo de maternidad que se expresa bajo el culto a la Virgen de Las Nieves, quien satisface a los creyentes en los momentos de angustia, desasosiego, incertidumbre, dolor y esperanza, tal y como lo haría una madre. La virgen, en este caso, es un referente de identidad de todos los palmeros y la Bajada la dramatización de esa identidad cultural, donde se simboliza la ideología de la maternidad desde un punto de vista metafórico, ya que es ella la única capaz de reunir a todos los palmeros que viven dentro o fuera de la isla. En la veneración que sienten los palmeros por la Virgen de Las Nieves, se condensa todo un proceso comunicativo donde se incrustan valores, creencias, formas de percibir el tiempo y el espacio, y una visión del mundo que se puede definir como “típicamente palmero”. El debate desde la perspectiva de la religiosidad popular, lo podríamos centrar en torno a las razones de por qué la construcción de poder de las mujeres se representan simbólicamente a través de las deidades y no por una auténtica viabilidad de la igualdad. Consideramos que lo que se logra realmente con el simple hecho de evocar el poder de las mujeres en el ámbito de los iconos religiosos, la religión o incluso en otros tiempos ya pasados es una falsa desmitificación del carácter universal de la dominación masculina, que precisamente y aunque pueda parecer paradójico la perpetúa. Dicho de otra manera, la Virgen de Las Nieves es la idealización del tipo de mujer palmera.

Una constante en la etnografía palmera ha sido concebir la brujería como un diacrítico cultural, un estereotipo, que caracterizan a las mujeres palmeras no sólo hacia dentro de la isla sino también hacia fuera, diferenciándolas de otros grupos étnicos con prácticas

semejantes como son, por ejemplo, los afrocubanos o los gallegos. Las funciones asociadas a la reproducción de las mujeres (menstruación, parto), junto a las funciones ligadas a la producción de conocimientos (poderes “mágicos”, saberes obstétricos y farmacológicos), han causado terror y misterio. Estos miedos, han permitido construir la imagen de la mujer “peligrosa”. La figura que representa este estereotipo ha sido la bruja. La propia historia de las islas, caracterizada por trasiegos constantes entre distintas tradiciones culturales, coloca la culpa de la brujería en numerosas ocasiones en las moriscas, esclavas, africanas, berberiscas y peninsulares que poblaron las islas después de la conquista: “(...) fueron estos moriscos de Berbería los que infestaron, moral y espiritualmente, los hogares de cristianos viejos, verdaderos adalides de la fe católica. (...) Las moriscas fueron las que más relajaron y envenenaron el ambiente social y religioso con sus prácticas, conjuros, ligamentos, maneras de vivir, etc. (Sebastián Jiménez, 1955). Pero, en realidad, lo que hace que se respete a la brujería en la isla de La Palma es precisamente la unión de todos estos conocimientos. La capacidad de volar que se les atribuía a las brujas, permitió el viaje de La Palma a Cuba y de Cuba a la Palma en una sola noche de estas mujeres que transportaban plantas (Feijóo, 1986), o que atacaba a los niños, chupándoles la sangre (Barnet, 1968). La explicación de estos fenómenos en el contexto de situaciones donde la mujer isleña quedaba abandonada en La Palma por su marido al emigrar, entablado relaciones con negras o casándose en segundas nupcias. Según algunos historiadores, la brujería podría ser la proyección onírica de un sentimiento de culpabilidad y temor ante la aparición de su mujer en Cuba para castigarlo por su comportamiento. Otro grupo que también se caracteriza por los conocimientos sobre brujería son los gallegos, y también conviven con los canarios en Cuba. Sin embargo, sus prácticas no son tan temidas probablemente porque compartían y se asociaban más con la

población negra cubana si los comparamos con los canarios, mucho más endogámicos.

Se ha demostrado que la farmacopea cubana debe bastante a la canaria, de tal modo que un alto porcentaje de las santiguadoras y curanderas cubanas eran isleñas. Parece, pues, necesario preguntarse en qué medida el negro en su interacción con los canarios construía aquel imaginario dada la cohesión de grupo que éste presentaba. Y, a su vez, preguntarse en qué medida para las comunidades canarias en Cuba con alto nivel de endogamia, la misma brujería no servía como un refuerzo hacia dentro de su unidad cultural y étnico-racial. Si esto lo entendemos así, no estamos tanto ante un orden legal violado por el marido que cometa un delito de bigamia en Cuba, sino más bien, ante una forma de estrategia por la que la comunidad canaria organizaba su diversidad cultural, ejercía un control social de sus miembros regulando la exogamia étnica, a la vez que utilizaba la endogamia como estrategia maximizadora en un contexto de interacción con distintos grupos con los que compete. Las creencias sobre brujería y su práctica aparece tanto dentro como fuera de la isla de La Palma como un refuerzo del imaginario isleño asociado al campo, la brutedad, el analfabetismo y a las mujeres. Podría entenderse como una manera de mantener a través del miedo a las mujeres dentro del orden establecido sobre todo en una situaciones de conflicto, donde se termina por reafirmar y legitimar las únicas condiciones que se entienden como positivas de las mujeres y que consolidan su subordinación: ser buenas madres y abnegadas esposas.

Estas valoraciones en positivo y en negativo que hemos expuesto sobre las mujeres palmeras, reposan en estereotipos de género que se construyen las clases dominantes desde la ciudad. Las mujeres de los sectores populares, lejos de caracterizarse por su pasividad o su ignorancia, pueden ser analizadas a partir de su creatividad en generar estructuras sociales, tales como redes de auto-ayuda, por su ingenio por solucionar problemas económicos o por su habilidad para

curar con plantas medicinales, Parece conveniente ver en qué medida los estereotipos se construyen ex novo, cómo se readaptan o se adoptan de un pasado insular para seguir o no identificando a las mujeres palmeras.